

denan al fin de la vida eterna, más bien la tienen de flores: Mis flores son frutos de honor y de riqueza. [1]

Recojamos, pues, los frutos, las flores, el honor y las riquezas, y colocando en medio de ellas nuestro corazón, presentémoslo como una ofrenda á la gloria del Espíritu Santo, que tan generosamente y con tan amable bondad nos ha enriquecido. Lo bendecimos, lo amamos, rindiéndole toda la gloria que podemos. Él es grande y magnífico en sus dádivas; nosotros pequeños, miserables y nada en su presencia; y sin embargo la nada, la miseria y pequeñez, alza la voz hasta su trono para glorificarlo y consagrarse eternamente á su divino servicio. Al pensar en su amable bondad el corazón se siente conmovido; quisiéramos estar ardiendo en las vivas y abrasadas llamas de un amor seráfico; y quisiéramos también, para agradarle más y más, toda la pureza de los ángeles: pero, ¡ay! somos miserables y pequeños, y la misma nada; y con todo, otra vez nos consagramos á su eterna gloria; y ese Espíritu Divino tan lleno de bondad y de clemencia, tan lleno de ternura y suavidad, abrasará con su sagrado fuego, hasta consumirlo enteramente, el corazón que le ofrecemos.

CAPÍTULO XXIII.

Y ÚLTIMO.

§ I.

AMOR, ALABANZA Y OFRENDA.

Amamos al Padre, alabamos al Hijo, y nos consagramos al Espíritu Santo. No dividimos nuestros afectos, ni preferimos las personas; mas todos aquellos

(1) Ecci. XXIV, 23—42—32. q. 70. a. 1. ad primum.

corresponden á cada una, á quien rendimos la misma gloria y adoramos con el mismo corazón. En efecto, ¿dónde está el amor verdadero que no alaba y se entrega á su amado? ¿cuál es la alabanza que no ama y se rinde al que es objeto de sus elogios? ¿dónde se halla, por último, la consagración que no hace el amor, ó que esté muda al rendir su sacrificio?

Los afectos indicados nos ocuparán en el capítulo presente, ó bien saliendo de nuestra alma sucesivamente, ó segun que el Señor se digne inspirarnos.

Te invocamos, te alabamos, te adoramos ¡oh amable Trinidad! ¿Sabeis con quién hablamos? Con el Dios tres veces Santo, cuya grandeza es infinita, su majestad soberana, su justicia terrible. ¿Quién será digno de dirigirle la palabra, ó dejará de temblar pensando en Él? ¿por qué, pues, no enmudece la lengua terrena manchada tantas veces con el crimen? No morará junto á Ti el maligno, ni los injustos podrán permanecer delante de tus ojos. Tú aborreces á todos los que obran la iniquidad; y perderás á los que hablan mentira. (1) ¡Oh Dios mio! oh triste desaliento! Ni la pureza, ni la justicia, ni virtud alguna tengo conmigo; y sin embargo, siento en el alma una sed abrasadora, una hambre casi infinita de Dios; quiero invocarlo, alabarle y rendirle la más humilde adoración. ¿Quién podrá volver puro al que de inmunda simiente fué concebido? ¿Quién sino Tú solo? (2) Y el Dios que puede volvernos la pureza y adornar nuestras almas de virtud, es un Dios cuyas misericordias son incontables;

(1) Ps. V, 6, 7. (2) Job. XIV, 4.

por esto confiado en ellas lo invocamos, lo alabamos, lo adoramos.

¡Ved el corazón henchido de confianza, y ved también brotando de su mismo fondo, como una fuente de ternura y gratitud: somos nada, y sin embargo, Dios nos purifica, vuelve sobre nosotros sus miradas, y bendice nuestra humilde invocación: Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo. (1) Mas ¿cómo le han de invocar, continúa S. Pablo, si no creen en Él? ¿cómo creerán en Él, si de Él nada han oído hablar? y ¿cómo oirán hablar de Él sino se les predica? y ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía? Según lo que está escrito: ¡qué dichosa es la llegada de los que anuncian el Evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!

¿No veis cuánta es la necesidad que tenemos de invocar á Dios, de alabarle y adorarlo con todo nuestro afecto? Por su infinita misericordia creemos en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y podemos invocarlo, alabarle y adorarlo. ¿Dónde están los méritos que nos han traído á la santa fe? Éramos por naturaleza hijos de ira, de venganza, del infierno. (2) Mas Dios quiso llamarnos á la sociedad de su Hijo. (3) Ahora bien, ¿cuál es el valor de nuestra alma, el precio de la vida eterna, los bienes que trae consigo el conocimiento de Dios? Pues ved aquí por qué debemos bendecir al Eterno y glorificarle con todo el corazón. Demos gracias á Dios Padre, decía el Apóstol, pues nos ha hecho dignos de participar de la suerte y herencia de los santos, iluminándonos con la luz del Evangelio; que

(1) Rom. X, 13. (2) Ephes. II. 3. D. August. (3) I. Cor. I, 9.

nos ha sacado del poder de las tinieblas, y trasladado, al reino de su Hijo muy querido; por cuya sangre hemos sido rescatados, y recibido la remisión de los pecados. [1]

Amemos á la santa é indivisible Trinidad. Ella es una fuente infinita de dulzura y bondad; y no hay amor comparable al amor que nos tiene, ni cariño más sincero, ni caridad más santa, ni más ardiente afecto. [2] Su amor no ha quedado en palabras. Yo te he amado, nos dice, con amor perpétuo y no interrumpido: por eso misericordioso te atraje á Mí. [3] Ha llegado para nosotros el tiempo de la divina y dulce atracción de nuestro Padre. Somos sus hijos y estamos en su Iglesia. Y no sólo esto: ¿no sentís en el alma un ardiente y misterioso fuego, que os lleva tan santa y amorosamente al mismo Dios á quien llamais con tanto consuelo y amable confianza, vuestro Padre? Este nombre hácenos pensar un instante en sus tiernos desvelos. Ese Padre es también nuestro amable Criador; nos sacó de la nada. Nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad; habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos en su querido Hijo. [4] ¿Cómo, pues, no amar y bendecir esa divina y adorable voluntad de nuestro Padre? Al ver el cuidado que tiene de nosotros nos parece, si lícito es decirlo, en cierto modo que el Señor no se ocupa en otra cosa que en el bien

(1) Coloss. I. 12—14. (2) Hugo. ap. D. Bonav. Amatorium.
(3) Hierem. XXXI. 3. (4) Ephes. I. 4—6.

de sus hijos muy amados; y cual si todo lo olvidase, está pensando en ellos sin descanso: en todas partes lo hallamos con nosotros, y nos ofrece su divina protección, á doquiera nos volvamos jamas nos abandona; va con nosotros cuando vamos de camino, y nos asiste en todas nuestras obras: cuenta nuestros pasos, y su bondad nos presta auxilio; y sin embargo de no verlo, y aunque no nos descubra su semblante, siempre se halla al lado de sus hijos. (1)

Yo alabo, pues, oh Señor Dios mio, tu misericordia tan dulce y amorosa que nunca me ha dejado. ¿Qué te daré por tus grandes y continuos beneficios? ¿quieres que yo te ame? ¿y cómo habré de amarte, y hasta dónde? ¿y quién soy, oh mi Dios querido, para emplearme en tan santa ocupacion?

¿Qué hacer con el Señor Dios nuestro de quien hemos recibido tantos y tan grandes beneficios? No se contentó con darnos los bienes comunes á todos sus hijos; y aún en nuestros mismos males descubrimos la inefable ternura de ese Padre á quien por todo debemos amar. Nos hizo conocerlo, y aumenta á cada instante en el alma la luz de la verdad; y en todos nuestros pasos camina su gracia delante de nosotros. Cuando yo andaba errante, le decia S. Agustin, lo mismo que nosotros decimosle tambien, me trajiste al camino de la verdad; y cuando estaba envuelto en la ignorancia me enseñaste, y despues de mis pecados me corregiste lleno de amor y de ternura; y en medio de mis grandes aflicciones me diste celestial consuelo. Tú eras mi fortaleza en mis desalientos, y cuando caia me levantabas.

(1) D. Bonav. Amatorium.

Estando en pié me sostenias; en todos mis caminos me llevaste de la mano, y cuando he venido á Ti me recibiste. De todos estos beneficios y de otros muchos has colmado mi alma, oh Señor Dios mio; yo pienso siempre en ellos con dulzura; por ellos te doy gracias, te amo y te adoro sin descanso. (1)

Amemos á Dios, y subamos con su gracia, las gradas del trono del amor, ¿cuáles son estas? Oid al Serafin de los Doctores: La primer grada del amor divino es la direccion de nuestro afecto al Señor; afecto lleno de dulzura y suavidad; lo cual conseguiremos, con el divino auxilio, ocupándonos en Dios, en la meditacion: El pensamiento del hombre, decia David, te alabará oh Señor Dios mio; y los residuos de ese mismo pensamiento te harán un dia festivo. (2) ¡Oh cuán dulce y suave es á nuestras almas el divino pensamiento del Señor! Sentid bien del Señor, nos dicen los libros santos, y buscadlo con sencillez de corazón... ¡Oh cuán benigno y suave es su Espíritu en todas las cosas! (3) ¿En qué instante olvida á sus hijos, ó sobre ellos no manda su gracia y bondad? Si acaso lo hemos ofendido, ¿y quién hay que no le ofenda? para impedir que el triste desaliento nos oprima el alma dícenos lleno de clemencia: No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva. Y con voz de tierno padre síguenos hablando en estos términos: Convertios de vuestros perversos caminos; y ¿por qué habeis de morir, oh vosotros los de la casa de Israel? [4]

Al oír tan dulces palabras, como fuera de nosotros mismos, caimos á sus piés llorando, y transidos de do-

(1) Ap. Bonav. Amatorium. (2) Ps. LXXV, 11. (3) Sap. I, 1.—XII, 1. (4) Ezechi. XXXIII, 11.

lor; al recordar nuestros pecados. La bondad de Dios ha derramado en nuestras almas una gota de su inefable dulzura, y el corazón quisiera destrozarse al pensar en que ha ofendido á tan amable Dios, que en vez de castigos y eternal suplicio nos sufre con tanta paciencia, y nos llama con tan tierno amor, y nos recibe entre sus mismos brazos... y las lágrimas que nos arranca el pesar, nos llenan de consuelo, y encienden en el alma el fuego del amor; y exclamamos casi sin poderlos contener: ¡Cuán bueno es el Señor, cuán bueno y amable á un para nosotros sus indignos hijos!

Amemos al Señor con santa y ardiente avidez. Hé aquí, nos dice nuestro Serafin, la segunda grada del amor divino. Va el alma acostumbrándose á la dulce suavidad que en ella ha derramado la meditación, y ved que siente una hambre que nadie puede saciar, sino es la posesión perfecta de su amado; y como esto no lo consigue durante la presente vida, llorando exclama con el Santo Job: Mi alma quisiera más un patíbulo, y cualquiera muerte mis huesos. (1) Y con David: Como brama el sediento ciervo por las fuentes de las aguas; así, oh Dios, clama por Ti el alma mía. Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios! (2) Ardientes ansias, hambre insaciable, sed inextinguible, abrasados y vivísimos deseos, ved aquí los sentimientos en que ha de rebosar el corazón que intenta subir la segunda grada del amor divino.

La grada tercera consiste en la dulce y amorosa satisfacción que se origina con las mismas ansias con que

(1) VI, 15. (2) Pr. XLI, 2, 3.

á Dios amamos. Todo lo del mundo es fastidioso y pesado para quien desea con vivísimo anhelo al Señor, y piensa siempre en su bondad: ni halla descanso sino sólo en su querido y soberano Dios. Y así como el que después de la comida, quedando satisfecho, intenta comer otra vez, siente disgusto; así también sucede al que ama á Dios y vuelve á las criaturas sus miradas. El alma saciada pisará el panal. (1) Y ved aquí el amor de la dulce soledad, y las inefables y castísimas delicias que causa en el alma que conoce sus encantos. En ella nos habla Dios al corazón, y no nos hablan las criaturas; y si alguna vez oímos su triste y destemplada voz, piérdese luego en el desierto inmenso donde estamos; y vuelve Dios á hablarnos y nos deja satisfechos y contentos.

De la satisfacción se sigue la santa embriaguez del divino amor; no sólo nos fastidian los contentos de la tierra; mas también nos llenan de consuelo los desprecios, y son nuestras delicias las penas y trabajos que por Dios sufrimos. Yo siento decía San Pablo, satisfacción y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo. (2) Ved aquí perdido aquel horror y disgusto natural que tenemos por todo sufrimiento, y en cambio el consuelo, la dulce satisfacción, y en fin, una verdadera gloria, según decía el Apóstol, en nuestras flaquezas y padecimientos. Y nada realmente nos parece que son éstos, cuando pensamos en sufrirlos por el amor de nuestro Dios querido; y se comprende fácilmente cómo podía excla-

(1) Prov. XXVII, 7. (2) II, Cor. XXII 10.

mar una bendita Santa: Dios mio, padecer por tu amor, y no morir.

Mas pasemos adelante. El quinto grado es la seguridad que nace de la santa embriaguez de que tratamos. Siente el alma que ama á su Dios con ardiente cariño, que está dispuesta á sufrir todos los males por su amor, y á sufrirlos llena de contento; pues bien, esta caridad hecha fuera al temor. (1) y nos da tanta esperanza en el auxilio del Eterno, que juzgamos que ya nunca dejaremos al Señor. San Pablo habia subido á este grado, y decia: Ninguna criatura podrá jamas separarnos del amor de Dios, que se funda en Nuestro Señor Jesucristo. (2)

La verdadera y perfecta tranquilidad que causan en el alma la paz y el descanso del amor, semejantes al sociago del sueño en apacible noche, constituye el sexto grado del divino amor. ¿Quién podrá turbar nuestro descanso, si ningun deseo del mundo nos agita, ni sus temores nos pueden inquietar? (3)

Al pié del trono divino cuyas gradas nos ha señalado el seráfico Doctor, estamos llorando poseidos de triste desaliento. ¿Quién subirá, preguntamos suspirando, al monte del Señor? ¿Ó quién podrá estar en su santuario? (4) ¿Hemos subido siquiera el primer grado de esa escala divina? ¡ay dolor! que al pensar en el mundo y sus placeres, olvidándonos de Dios sentimos la alegría de los mundanos; y si la gracia del Señor derrama el desconsuelo en nuestros gustos, al dejarlos lanzamos un suspiro; y despues en el divino servicio, cuánta tristeza y desaliento; y cuántas veces tam-

(1) Joann. IV, 18. (2) Rom. VIII. 32. (3) D. Bonav. Amoris Incendium 3. p. 2. (4) Ps. XXIII.

bien recordamos las delicias que el mundo nos brindó! Tambien los hijos de Jacob decian en el Desierto: Allá en el Egipto estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne, y comiamos pan y cuanto queriamos. (1)

¿Y qué diremos si seguimos contemplando la inmensa elevacion de las gradas de ese trono? Vendrá de nuevo el desaliento y la tristeza, y semejantes á los israelitas desterrados, nos sentaremos á la márgen de los rios, y nos pondremos á llorar; y mudos de dolor no cantaremos las alabanzas del amor divino. Mas ¿por qué ha de ser así? Ciertamente que nada podemos por nosotros mismos; pero Dios es nuestro querido Padre, nos da su gracia, nos toma de la mano, nos muestra el camino, y nos alienta diciendo: Confiad. Yo he vencido al mundo. (2) Y con tan divino y amoroso auxilio todo lo podemos.

Mas ¿qué harémos para amar á nuestro adorable Dios con toda el alma, llegando á la mayor altura que podamos? Ved aquí lo que tambien nos dice el Serafin de los doctores: Velad si quereis conseguir el amor divino; y velad de tal manera que podais decir: Dios mio, Dios mio, estoy en vela, esperando tu visita, y me dirijo á Ti desde el nacer de la aurora. (3) Y tambien: Yo duermo pero mi corazon está velando. (4) Recordad que el Esposo Divino llamó á la puerta de su amada, y cuando esta le abrió, ya Él habia pasado. (5)

Á la vigilancia, añadid la confianza, pues quien espera en el Señor no queda confundido; y si Él nos quita la existencia, aún así en Él

(1) Exod. XXVI, 3. (2) Joann. XVI. 33. (3) Ps. LXII, 2. (4) Cant. V, 2. (5) Id. v. 6.

tenemos que esperar. (1) No hay, pues, lugar al desaliento, que la mano del Señor es poderosa, y su corazón es siempre corazón de Padre.

Pensemos en la clemencia y la hermosura del Señor procurando llenar el corazón de los deseos más vivos y abrasados de su dulce caridad, para poder decir como la Esposa: Desfallezco de amor. (2)

Contemplad la elevación y grandeza del Señor, y su amable ternura para con nosotros, y casi sin poderos contener, que salga del fondo del alma esta plegaria divina: Atraeme Tú mismo en pos de Ti, y correremos al olor de tus aromas. (3) Y descansad contemplando la belleza del Señor. Y ¿por qué dejaríais de exclamar en estas circunstancias: Mi amado para mí y yo para mi amado? (4) Y el júbilo más puro inundará el alma viendo la real magnificencia que nos dispensa nuestro amable Dios. Si algo hemos sufrido por su amor ¿no ha llenado luego el alma de consuelo? A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, decía David, tus consuelos, oh Señor, llenaron mi alma de alegría. Y San Pablo: Estoy inundado de gozo y de consuelo en todas mis tribulaciones. (5)

Por último, Dios es fuerte; confiad en su divina fortaleza que os puede unir consigo mismo estrechandoos á su seno con indisoluble vínculo de amor sagrado; y entonces exclamad también: Mi dicha es estar unido con Dios, y poner mi esperanza en el Señor. (6)

Ved, pues, cómo la vigilancia nos solicita, la confianza nos alienta, nos inflama el deseo, la excelencia de

(1) Job. XIII, 15. (2) Id. II, 5. (3) Id. I, 3. (4) Id. V, 16.
(5) II Cor. VII, 4. (6) Ps. LXXII, 28.

Dios eleva el pensamiento, la complacencia en su belleza endulza el corazón; el júbilo en su divina y amable bondad nos embriaga de amor santo, y la unión, por último, que nos da su fortaleza, nos estrecha en sus divinos brazos. ¡Ah! ¿quién, entonces, no exclama: ¡Oh Dios mío! yo te busco y espero en Ti, Tú eres mi esperanza, mi deseo; á Ti dirigo mis pasos; yo te recibo por el único esposo de mi alma; Tú eres mi gozo, mi soberana y dulce alegría, mi ardiente júbilo; yo me uno á Ti y descanso finalmente, á tus divinos pies? ¿Quién podrá arrancarme del seno de mi amado? ¿Yo mismo, el mundo, las pasiones, ó la muerte? Cierto es que puedo abandonar, por mi desgracia, el servicio de ese Padre amorosísimo; mas yo pongo mi confianza en su bondad, y al sentir mi corazón inclinado hácia la tierra, me arrojo llorando á los pies de mi Señor para decirle: Yo no os dejaré si no me das la bendición, y después de recibirla tampoco os dejaré. (1) Y también: Salvadme oh Señor, que sin Vos perezco. [2]

Nunca es muda la lengua que ama, que el amor es la misma elocuencia; y sus voces son cantos divinos, bendición y alabanza á su amado. Alabemos por lo mismo, á nuestro amado y soberano Dios: entonemos á su gloria un cántico de amor, llamemos á todas las criaturas rogándoles que alaben al Señor: Cantad al Señor y bendecid su nombre: anunciad todas las maravillas que ha obrado por nosotros. Publicad su santa gloria á las naciones bárbaras: cantad sus prodigios á los remotos pueblos. Porque grande es el Señor y digno de toda bendición: poderoso, terrible, esforzado

[1] Gen. XXXII, 26. D. Bernard, ap. Bonav. de Donis. (2) Mat. VIII, 25.